
¿Periodistas o políticos?

EN EL MOMENTO EN QUE EL PERIODISMO DE OPINION SE CONVIERTE SOLO EN OPINION deja de ser periodismo y pasa a ser una sospechosa actividad parapolítica. Es frecuente que en las páginas editoriales de nuestros diarios abunden las firmas y que éstas reflejen opiniones cercanas a la filiación política de los colaboradores. En algunos casos, ya no se trata de una opinión sino de un texto más o menos propagandístico; quien escribe no hace otra cosa que adscribirse al político o partido de su preferencia. Esta clase de "periodismo" acaba pareciéndose a los despachos de las secciones de pro-

CIENCIA POLITICA

paganda de los partidos. Y al margen de la inteligencia o brillantez del columnista, lo que se está dando al lector es una forma adulterada del periodismo.

Si algo caracteriza al periodismo moderno es su independencia y la capacidad de balancearse entre la crítica y el asentimiento cuando una y otro están justificados por acontecimientos o actos de Gobierno. La independencia de quien firma ha de estar por delante y por encima de los intereses de éste u otro partido. Para cumplir una función más o menos doctrinaria están las notas editoriales; para aplaudir la conducta de partidos y políticos están los comités de relaciones públicas. El periodista que asume las funciones propagandísticas de "su" partido, puede ser probablemente un militante leal pero nunca podrá ser considerado periodista.

Al usurpar interesadamente un espacio, la función crítica del periodista nos llena de sospechas y nos lleva a pensar que ese periodismo de opinión no está dirigido a la opinión pública sino a las simpatías del partido o el político favorecidos. A la larga puede ser una inversión traducible en cargos públicos; si triunfa un partido o el político favorecido por mis columnas, estoy a un paso de merecer la recompensa deseada. Es posible que, según mis ambiciones, pueda ser embajador en Francia o secretario en Washington. Dejo de ser el ser presumiblemente independiente infiltrado en el periodismo para convertirme en el oportunista que influyó en la opinión pública. Se puede concluir que hay columnistas que, para el periodismo, no son otra cosa que una Quinta Columna.

Esta especie suele florecer y proliferar en épocas pre-electorales. Según sea el grado de influencia que tengan en el medio, mayor será la toma de partido de los columnistas. Convertidos en consejeros de políticas gubernamentales o en zalameros de ésta u otra opción política, esta clase de periodistas hacen sus mítines con la apariencia de quien pretende instruir a la opinión pública. Mientras las plazas públicas y centros de convenciones se llenan de oratoria y aplausos, las páginas editoriales de los diarios se llenan de firmas comprometidas. Es casi legítimo que un político reclame a cambio de sus lealtades la posibilidad de un cargo público. Pero que lo mismo suceda con el periodista es, al menos en teoría, algo inconcebible. No se trata de conjeturas: pongo la mano al fuego al asegurar que en el plazo de un año habrá más de un periodista en la nómina de un cacique político. Todo dependerá del grado de influencia que haya tenido en la "opinión pública". Desde la modesta asesoría de prensa hasta la flamante designación diplomática hay un escalafón destinado para estos mercenarios de la palabra escrita. Todo es cuestión de estilo y los hay modestos como los hay que llegan a la grandilocuencia más sofisticada.

Gracias a una costumbre nacional que desvirtúa la ética del periodismo, las páginas de nuestros diarios están plagadas de firmas y éstas no buscan la esencia y posterior glosa de la información sino un sutil adoctrinamiento del público.

Cuando el periodismo de este final de siglo se desplaza hacia las unidades investigativas y hacia un bien entendido ejercicio de la opinión (que no de la opinión partidista), indigna o desconsuela seguir las piruetas de ese

III TRIMESTRE 1989

columnista que estafa a sus lectores simulándose periodista cuando en verdad busca por estos medios una carrera política. Por ello ha abierto su interesada brecha de adhesiones y descalificaciones; para ser fiel a esa ambición inconfesable ha trazado incluso estrategias de gobierno y hasta soluciones al "orden público". Para seguir siendo fiel a eso que Paul Nizan llamaba "chiens de garde" (perros guardianes) refiriéndose a la actitud de los intelectuales frente al poder, ejercen un periodismo ideológico mientras proclaman el "fin de las ideologías". ¿De cuáles? Evidentemente, no de las ideologías que poco a poco abrirán camino hacia los peldaños del poder.

Engañoso y moralmente miserable, este "periodismo de opinión" no se atreve a llamarse por su nombre. En medio de las contiendas políticas que se abren en épocas pre-electorales, los "columnistas" políticos ya han elegido a sus candidatos y se esforzarán hasta herniarse por proclamar a todos los vientos que *ellos* son los "orientadores" de la opinión pública. Algún pensamiento secreto los hará volar, mientras tanto, a las sedes de una buena y bien remunerada embajada en Europa o los Estados Unidos.

Oscar Collazos
